

PRÓLOGO: UN ROMANTICISMO NEGRO

En algún momento de nuestra vida llega a sorprendernos lo complicado que es el arte de amar. Quiero pensar que más de un lector, más de una lectora, reparará en las dificultades de este arte precisamente leyendo *La caricia de Tánatos*, para de alguna manera sentirse cuestionado, al menos en un plano intelectual. Nos sentimos tranquilos, seguros de nosotros mismos, de la vida que hemos ido fabricando a nuestro alrededor, pero conforme avanzamos en la lectura no podemos evitar —de alguna forma íntima, más o menos cercana— vernos reflejados en los personajes, en sus equivocadas formas de amar. Llegado ese momento, hipnotizados por las palabras certeras de María José Moreno, no podremos abandonar la lectura, impacientes por saber cómo se resolverá el conflicto de cada uno de estos personajes, que para bien y para mal están estrechamente relacionados entre sí, y por tanto forman un solo conflicto. Conflicto universal si se quiere, y del que todos formamos parte.

La novela comienza dentro de una rutina que se repite cada día, sin salirse demasiado de los márgenes de lo cotidiano: Mercedes es una prestigiosa psicoterapeuta que con habilidad e inteligencia ayuda a poner en orden las vidas de sus pacientes. Debido a un contundente desengaño amoroso del pasado —prácticamente burlada ante el altar por su novio de toda la vida—, Mercedes se ha centrado en un trabajo que le apasiona y un pequeño grupo de amigos irrenunciables... Hasta que conoce a un atractivo forense de sensibilidad especial e inteligencia afilada, que le abre nuevas perspectivas. Su alerta interior se activará cuando una de sus pacientes, que ha sido víctima de malos tratos, se enganche de forma irremisible a una relación con un tipo que hasta hace días era un desconocido y que ahora se perfila para ella como un semidiós, irresistible y capaz de todo.

Como sucede en los mejores *thrillers* psicológicos, aquí la materia prima son las contradicciones del lenguaje. Sorprende en este sentido el partido sacado a las diferentes sesiones de psicoterapia donde los personajes buscan soluciones, o las conversaciones que mantienen entre ellos. Muchas veces nos evidenciamos por lo que decimos, delatándonos sin querer con nuestras palabras, mientras que otras, son precisamente las palabras que no nos atrevemos a pronunciar las que dan pleno sentido a la conversación.

Si son las palabras los ladrillos que conforman cada uno de los edificios que integran esta ciudad —me permito usar la metáfora que compara la novela con una ciudad—, la técnica narrativa que la dota de sentido, que hace que el paseo por ella sea coherente, es la variedad de puntos de vista. Gracias a la narración en primera persona por parte de los protagonistas, María José Moreno nos deja sacar nuestras propias conclusiones y ser testigos de este *thriller* donde la inocencia se funde con la perversidad y un simple juego amoroso acaba teniendo consecuencias trágicas.

Volvemos así al punto de partida. *La caricia de Tánatos* plantea un juego universal que está marcado por nuestra capacidad —y también nuestra incapacidad— para amar. Y no es más que el comienzo de una trilogía en la que María José Moreno nos ayuda a confrontar el Mal. Pero, al menos por una vez, quitemos esa mayúscula a ese mal, ya que no se trata de un valor absoluto, externo y ajeno a nosotros, sino algo con lo que, quizá sin saberlo, convivimos a diario. Como dijo un poeta, y llegados a este punto nos conviene darle la razón: lo bello no es sino el comienzo de lo terrible.

David G. Panadero,
director de la colección Off Versátil

INTRODUCCIÓN

·18 de septiembre de 2010·

Abrí los ojos; la luz que entraba por la ventana me obligó a cerrarlos. En menos de un segundo tuve conciencia de que aquel día también me había quedado dormida. No era capaz de controlar el insomnio que arrastraba desde el trágico suceso, ni siquiera utilizando las técnicas de relajación que aconsejaba a mis pacientes.

La última vez que comprobé la hora eran las cinco de la mañana. Di vueltas y vueltas en la cama hasta caer rendida por el cansancio. Ahora solo disponía de media hora para llegar a tiempo de atender al primero, citado a las diez.

Retiré las sábanas con brusquedad, me incorporé tambaleándome ante la mirada de mi perra, que dormitaba a los pies de la cama, y fui hasta la ducha. Ni siquiera esperé a que saliera el agua caliente, prefería la frialdad para despabilarme y ponerme en marcha. Me vestí con lo primero que encontré, un pantalón vaquero y una camisa de manga corta, al mismo tiempo que me cepillaba los dientes. Por la galería que me llevaba a la puerta de la calle me alisé el pelo con los dedos y lo recogí en una cola de caballo. Descolgué el bolso de la percha y salí dando un portazo.

En el ascensor decidí no coger el coche. Entre mi casa y la consulta solo había cinco calles; las atravesé a paso ligero y, en algunos momentos, hasta corriendo.

Sin resuello y con tres minutos de adelanto sobre la hora prevista, introduje la llave en la cerradura. Al abrir me tropecé con Marta que, preocupada por mi tardanza, vigilaba detrás de la puerta.

—Buenos días. Me he vuelto a dormir. Dame un minuto para que mi corazón se serene y comenzamos —dije casi sin aliento.

En el despacho, retiré la correspondencia que Marta

me había dejado en la mesa y comencé a examinar las historias clínicas. Con nerviosismo entresaqué la de Javier Díaz. Ahora podría comprobar su teoría sobre cómo acontecieron los hechos.

Marta asomó la cabeza por la puerta, contempló mis ojos vidriosos, mi frente arrugada. Conocía mi sufrimiento, lo mucho que anhelaba y a la vez temía que llegara esta fecha.

—Hoy es el día...

—Lo sé. Estoy preparada, no te preocupes —respondí.

—¿Seguro?

Asentí con la cabeza, un nudo atenazaba mi garganta. Había mentido, en realidad no lo estaba.

—Va a pasar David, y creo que no viene muy bien.

—De acuerdo.

La sesión transcurrió dentro de lo habitual. Un monólogo de cuarenta y cinco minutos con un adolescente tímido que no pronunció ni una palabra. Anoté en su ficha: «Hablar con los padres para dar por finalizado el tratamiento, no estamos cumpliendo los objetivos». Solté la pluma. Disponía de diez minutos.

Mi despacho estaba bastante aislado de los ruidos de la puerta y de la sala de espera; sin embargo, mi estado de alerta favoreció que escuchara el sonido del timbre. Mi corazón enloqueció y un retortijón en el vientre me obligó a doblarme por la cintura. Por un lado, deseaba que ese malnacido acudiera a la cita, de esa manera podría conocer la verdad de primera mano, poner paz a mi tormento; por otro, sentía tal pavor ante aquel ser endiablado, que me consideraba indefensa, vulnerable, sin posibilidad de respuesta. No debía verme así. La única manera de controlarlo era actuar como él. Ser arrogante, intransigente, despiadada y mostrar con claridad que yo era más fuerte, que no me dominaba. Si Javier me veía flaquear, si olía mi miedo... estaría perdida.

Marta entró en el despacho y cerró la puerta tras de sí.

—Mercedes, ha llegado Javier Díaz, o Marcos, o como coño se llame.

Noté las manos sudorosas, me las limpié en un Kleenex y cerré los ojos un momento. Bien acomodada en el sillón, respiré hondo un par de veces.

—Hazle pasar.

Unos segundos después, atravesó el dintel de la puerta. Le sostuve la mirada; quería que supiera que yo ostentaba el mando, que era mi terreno. Por dentro sentí que se me helaba la sangre, como si hubiera visto al diablo en persona.

—Buenos días, Mercedes...

PRIMERA PARTE

·Enero de 2010·

Marta entró en el despacho para comunicarme que el último paciente del día había llamado para anular su cita. Llevaba más de ocho horas seguidas trabajando. Me recosté sobre el respaldo del sillón, extendí los brazos para estirar la espalda y bajé la cremallera de las botas altas. Aún disponía de tiempo para relajarme antes de acudir al encuentro de mi amiga Teresa.

No había tenido un buen día.

Tratar a Concha Ruiz se complicaba más cada día. En lugar de una psicoterapia era como si trabajara contra un muro. Para vislumbrar algo a lo que aferrarme y seguir avanzando, necesitaba desbrozar con cuidado lo que me decía. Sin ir más lejos, hoy, tras una de mis intervenciones, de repente se levantó y, sin despedirse, salió del despacho dando un portazo.

—Concha se ha marchado sin decir adiós —dijo Marta.

—En efecto. Una sesión accidentada. No hemos avanzado nada. Tendré que replantearme si continúo con la terapia.

—Las cosas no siempre salen como nos gustaría —sentenció.

—¿Y a ti qué te pasa? Te noto muy filosófica.

Marta esbozó una falsa sonrisa. Lo supe enseguida, sus pequeños y vivarachos ojos azules denotaban cierto aire melancólico imposible de disimular.

—Esta semana ha sido muy larga y difícil. Ya sabes, Alba ha estado con fiebre y no ha ido al colegio. Y Enrique está cada vez más rebelde...

Contraté a Marta cuando abrí la consulta. Había abandonado a su marido y debía hacerse cargo de dos niños pequeños. Nunca olvidaré las caritas de sus hijos mientras hablaba con ella. El portero del edificio le había comentado que yo buscaba una persona. No tenía *currículum*, ni cartas

de referencia, solo dijo que ella era la persona idónea para el trabajo porque poseía «don de gentes». Me hizo mucha gracia su desparpajo y vitalidad. Comenzaba una nueva etapa en mi vida y decidí hacerlo acompañada de una mujer emprendedora y, cómo no, con tan alta autoestima. Con el paso de los años descubrí otras muchas cualidades. Por ejemplo, tenía una especial habilidad para reconocer el estado de ánimo de las personas. Casi nunca se equivocaba.

Después de siete años trabajando juntas, se había convertido en algo más que en mi empleada; era una aliada, una amiga.

—Enrique me trae de cabeza. Anteayer me llamaron del instituto porque llevaba varios días sin asistir a clase —me comentó con una mezcla entre agotamiento y desasosiego.

—¿Por qué no me has dicho nada?

—Con la de problemas que tú tienes...

—¿Qué crees que le puede pasar?

—No lo sé. Como acaba de cumplir treces años, pensé que sería cosa de la edad, pero... —hizo una pausa—, me ha cogido dinero del monedero y no me ha dicho nada.

Marta comenzó a llorar; avergonzada, se tapó la cara con las manos.

—¡Por Dios! ¿En qué andará metido este niño?

—¿Has hablado con él?

—Aún no. Lo he descubierto hoy después de que se marchara al instituto.

—¿Y si te equivocas? Quizá te has gastado el dinero y no lo recuerdas.

—Estoy segura de que ha sido él. Lleva un tiempo muy mal. Era un niño muy dócil y ahora apenas puedo conversar con él. Miente más que habla. No sé qué voy a hacer. Tengo mucho miedo de que haya salido al malnacido de su padre —dijo enfadada—. ¿Crees que eso se hereda? Porque el padre estuvo en la cárcel por robar...

Aunque la adolescencia, por sí misma, representa una etapa delicada, yo sabía que los genes también intervienen; sin olvidar el maltrato físico y psicológico que su padre había dispensado a los niños hasta la separación.

—Vamos a ver —dije sin responder a su pregunta—, esto hay que atajarlo cuanto antes. Haremos lo siguiente: el lunes lo traes para que hable con él y compruebe si es conveniente que alguien lo trate. Ahora es importante que te mantengas fuerte. Enrique no debe ser consciente del daño que te hace su conducta. Los adolescentes suelen ser muy crueles y se aprovechan de la debilidad o del cansancio de los demás. Convendría que investigases con qué amigos se reúne; a su edad la pandilla es importante, uno se integra en el grupo para conseguir mayor autoestima e imita para no ser señalado.

—Lo intentaré, Mercedes. Me marchó, me espera una buena cuando hable con él. El lunes nos vemos; disfruta del fin de semana.

—Alegra esa cara y no te preocupes, seguro que podemos arreglarlo. Si necesitas cualquier cosa, ya sabes dónde encontrarme. No olvides conectar el contestador automático antes de marcharte.

—Gracias por todo —añadió mientras salía del despacho y me lanzaba un beso con la mano.

Un golpe seco y lejano me reveló que Marta se había marchado. Fui hasta el diván y me tumbé. Aún faltaba una hora para mi cita con Teresa.

Mi amiga Teresa era cardióloga. La conocí en el gimnasio, en la clase de aeróbic. Éramos las más patosas, creo que eso determinó nuestra unión. Pedro, su pareja, militar de carrera, se acababa de marchar a Kosovo. Ella se sentía sola y, para animarla, la había invitado a cenar en un restaurante recién inaugurado del que me habían dado muy buenas referencias.

Entorné los párpados. El problema de Enrique conti-

nuaba merodeando en mi cabeza. Un pitido intermitente me avisó de la entrada de un mensaje en mi móvil. Fui hasta el bolso y miré el teléfono. Era de mi hermano Rafael, me avisaba de que habían organizado una fiesta de cumpleaños para mi madre; el domingo cumpliría setenta años. Confirmé mi presencia y regresé al diván.

Ni siquiera me había acordado, mi madre y yo nunca fuimos muy afines y, tras la muerte de mi padre, nos habíamos distanciado mucho más.

Mi padre murió con setenta y siete años tras una corta y grave enfermedad; nos consoló a todos tras el infausto diagnóstico y mantuvo la entereza, propia de un gran hombre, hasta el final. En una de las interminables noches que pasé junto a su cama me hizo prometerle que intentaría reconciliarme con mi madre. Cumplí mi promesa; después del entierro, me acerqué a ella, la abracé y sollocé desconsolada en su hombro por tan lamentable pérdida. Le susurré que la quería, que la necesitaba; era el momento de dejar atrás nuestras diferencias. Ella se dio media vuelta y me dejó con las palabras entre los labios.

A pesar de mi madre tuve una infancia feliz, o eso me gustaba creer. Con los años aprendí que la felicidad es algo muy subjetivo. En general, las personas la equiparan al bienestar absoluto. Para mí, la felicidad se compone de pequeños instantes vividos día a día. De esos tuve muchos, procurados casi siempre por mi padre.

El sonido del teléfono fijo de la consulta me distrajo de mi soliloquio. No hice caso porque sabía que estaba conectado el contestador. Oí los cinco timbrazos previos, saltó el mensaje y, tras él, un silencio interrumpido por una voz masculina que expresaba su deseo de hablar conmigo, para lo que enumeraba un teléfono de contacto. Me incorporé y fui hasta el aparato ubicado en la sala de espera con una sensación de familiaridad extraña e inquietante. Pulsé el botón y rebobiné para escucharlo de

nuevo. Después de varios intentos sin conseguir emparejar la voz con un rostro, desistí. «Si le interesa, se pondrá en contacto», me dije mientras regresaba al despacho.

Miré el reloj, aún tenía media hora para terminar de completar alguna historia clínica. Cogí la ficha de una paciente y releí las anotaciones que había escrito aquella misma mañana. Ana había acudido a la consulta porque su novio le echaba en cara que estaba loca y debía visitar a un especialista. Ella, obediente, así lo hizo. Cuando la interrogué sobre qué pensaba de lo que su novio le decía, me contestó que creía que tenía razón. Estaba convencida de que algún problema le impedía mantener el tipo de vínculo que él demandaba. Quería curarse para conservar a su pareja, a la que amaba con locura. ¡Me estremecí!

Mientras lo transcribía en su historia, no dejaba de hacerme preguntas: ¿Cómo es posible que se pierda la identidad hasta ese punto? ¿Cómo se puede estar tan ciega? ¿Cuál es la manera de romper con esa sumisión? Estar de nuevo ante un trastorno por dependencia me llevó a recordar el caso de Marina.

Marina Daroca Alba era el caso más grave de sometimiento hacia un hombre que había tratado hasta la fecha. A pesar de mi esfuerzo, no fui capaz de poner fin a su dramática situación. Tan solo después de que sufriera las graves consecuencias de la violencia física consintió terminar con aquella relación. Violencia que podría haberse evitado, se lo advertí cientos de veces. El problema era su negativa a admitir que era una mujer maltratada.

Marina necesitó tres largos años de terapia para salir a flote. Sin embargo, yo seguía teniendo aprensión hacia su recuperación. No la encontraba preparada para enfrentarse sola al mundo y seguíamos trabajando en la recuperación de las graves lesiones psíquicas, las que tardan más en curar.

Afligida por la evocación de lo que le pasó a Marina salí

de la consulta. Daban las nueve cuando el ascensor me dejó en la planta baja. Teresa hablaba por el móvil y yo aproveché la espera para intentar restablecer mi estado de ánimo.